

an todos los potentados de Europa él venía con frecuencia a visitarme, y en uno de sus viajes a los Estados Unidos, muy contento y muy satisfecho una vez más, me pasó unos días conmigo, en mi modesta casa.

Un día, en Londres, asistí a una reunión que comentaba con un vecino de asiento una comedia que los dos habíamos escrito. Pareció una opinión muy favorable acerca de ella. Era evidente que mi interlocutor estaba muy interesado por mis comentarios. Durante esta conversación, repetía expresiones como: "Sí, naturalmente, usted tiene razón, en ello". Y me preguntó si, en mi opinión, era un dramaturgo. Después de haberme explicado que un dramaturgo hacía obras que parecían deseosas de conocer mi resultado, al terminar la reunión descubrí que el enorme dramaturgo inglés Sir Bernard Shaw me había honrado con su presencia.

Después de esto tuve el honor y la satisfacción de ser visitado por el Dr. Mc Pherson, eminente cirujano. Nunca había conocido a un cirujano de esas proporciones. Fue realmente una sorpresa. Después de su muerte, un médico me dijo: "Mc Pherson era el mejor ginecólogo que he conocido... quizá del mundo". Lo acompañé a presenciar una operación que iba a ser realizada en un sitio difícil y peligroso.

El cirujano mostró a sus discípulos las radiografías y les explicó las dificultades y los riesgos del caso, así como sus precauciones contra una posible equivocación y, haciendo una incisión, dijo: *aquí está*, y entre sus dedos extrajo la aguja. Los que presenciaban prorrumperon en incontenible aplauso. A nuestra salida, aventuré un comentario: "Eso fue verdaderamente maravilloso". "Nueve décimas partes de buena suerte —respondió—: quizá no debería decirle lo sorprendido que me sentí al palpar la aguja".

Alguien, menos grande, con seguridad se habría sorprendido en caso similar, pero jamás habría admitido su sorpresa.

Entre los que realmente valen, las mezquindades y los actos ignominiosos no son posibles. Los grandes actores a quienes me ha tocado tratar, casi sin excepción, han sido siempre camaradas sencillos y afectuosos. Fue una actriz de cuyo nombre nadie se acuerda, la que puso un aviso en el que advertía a los miembros de su compañía que no habrían de dirigirse la palabra, a menos que ella lo hiciera primero. Y fue una humilde corista la que se negó a trabajar en un teatro porque, para llegar a su camerino, había que subir cuatro escalones. En cambio, Sara Bernhardt, ante mis disculpas por el camerino que le había tocado en un teatro provisional en que nuestra compañía trabajaba una noche, comentó sonriendo, "Pero, *mon enfant*, ¿cree usted que yo no he trabajado, en mi carrera, en lugares peores que éste?"

Cuando tenía unos veinticinco años, estaba al ser-

